ADOLFO,

Drama en cuatro actos,

POR

Don Fulgencio Benitez y Torres.



Madrid: 1838.

ADOLFO,

drama original

POR DON FULGENCIO BENITEZ
Y TORRES.



MADRID.

IMPRENTA DE D. JOSÉ MARÍA REPULLÉS.
1838.

PERSONAS.

El conde de Rizari.
Clementina, *su hija.*
Adolfo, *su amante.*
María, *madre* } *de Adolfo.*
Paulina, *hermana* } *de Adolfo.*
El duque de Rimini.
Su secretario.
Un criado del duque.
Guillermo. } *Conjurados.*
Roberto. } *Conjurados.*
Tres jóvenes *que hacen diversos papeles.*
Pueblo.
Jugadores.
Conjurados.
Un oficial *de la guardia del duque.*
Sofia, *criada.*

Siglo XVI.

Este drama es propiedad del Editor, quien perseguirá ante la ley al que le reimprima; y no podrá representarse en ningun teatro del reino sin adquirir el derecho de propiedad para ello, segun se previene en la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837.

ACTO PRIMERO.

Habitacion medianamente adornada : se ven algunos muebles antiguos de lujo; entre ellos hay un reloj y algunos retratos.

ESCENA PRIMERA.

MARÍA. PAULINA.

Mar. Hace una hora que anocheció, (*Mirando al reloj.*) y tu hermano no viene; esta tardanza me inquieta.

Pau. Tranquilícese usted, mamá. Adolfo no ha disfrutado del mundo, y estas horas que nosotras le aguardamos tal vez las pasa en algun baile.

Mar. El corazon de una madre no se engaña con facilidad. Está muy lejos Adolfo de los placeres en que tú le crees ocupado. El aspecto sombrío que de algun tiempo á esta parte anubla su rostro es un presagio fatal para mi alma.

Pau. ¿Y qué sabemos nosotras? Es verdad que desde su llegada á Nápoles se ha hecho taciturno é impaciente, y que no es ya tan amable como antes; pero sus penas, si es que las tiene, no pueden ser de grande importancia.

Mar. Las penas, hija mia, son siempre graves para el que las sufre; y una madre no puede ser indiferente ni aun á los mas pequeños pesares de su hijo. Tu hermano ha cumplido veinte años, y esta es una edad tormentosa en la que rara vez se vive con tranquilidad. (*Adolfo, embozado, atraviesa por el foro sin saludar, y entra en las habitaciones de la derecha.*) No me ha visto... Mira, hija mia,

Adolfo no querrá depositar sus penas en el seno de su madre; pero tú que eres su hermana, eres la única que puedes sondear su corazon, y averiguar el origen de esos males que tanto le atormentan. ¿Quién sabe si yo los podré remediar? (*Se retira María, y sale Adolfo.*)

ESCENA II.

ADOLFO. PAULINA.

Adol. ¿Estamos solos...? Tengo que hablarte.

Pau. Sí, solos estamos. Mamá se ha retirado á su habitacion, despues de haberte esperado cuatro horas.

Adol. En esas cuatro horas ¡si supieras cuánto he sufrido yo!

Pau. Estás en tu casa, al lado de una madre, y de una hermana que te adora, y no debes sufrir.

Adol. Ahora mas que nunca... porque en la soledad de mi aposento es donde se me representa mejor mi situacion.

Pau. ¡Tu situacion!

Adol. ¡Sí, Paulina, mi situacion! Mientras hemos vivido en Pórtici, la escasa hacienda que poseíamos bastaba á satisfacer mis deseos; pero despues que he venido á Nápoles, la sociedad me ha revelado muchas verdades que ignoraba. La suerte no me ha protegido hoy... sin embargo, la suerte es inconstante: me será propicia mañana, y entonces todo cambiará de aspecto para mí. Entre tanto es necesario que tú me ayudes, y recurro á tí, porque nuestra madre no podria comprenderme... Mira, no me atreveria á decírtelo si tuviese menos confianza en tu cariño. Esta noche he jugado la noble herencia que recibí de mis padres, porque he comprometido mi honor; si tú no me favoreces, lo perderé.

Pau. ¡Perder tu honor! ¿Y es posible que hasta ese

punto hayas olvidado los consejos de nuestra madre?

Adol. No me comprendes: he jugado sobre mi palabra... la fortuna no me ha favorecido, y mañana debo entregar una suma considerable, ó perder para siempre mi reputacion... Los aderezos con que mi padre ciñó las sienes de nuestra madre el dia de sus bodas, los tienes tú; debes entregármelos, porque ellos solos pueden salvar la honra de tu hermano.

Pau. ¿Y nuestra madre cuando sepa que eres jugador...?

Adol. No debe saberlo. Tal vez por ella he jugado yo. Es nuestro caudal demasiado escaso, y es preciso que yo haga esfuerzos para proporcionaros una suerte mas cómoda.

Pau. Pero en el juego ¿qué piensas adelantar?

Adol. Mucho: yo tengo poco, y por consiguiente poco puedo perder; mis ganancias pudieran ser considerables. He visto á muchos jóvenes cuya suerte se ha hecho brillante en solo un dia. Los he dejado á la puerta de la casa de juego, y al otro dia entraban en las sociedades donde antes se les despreciaba con aire de triunfo. Los hombres les tributaban respeto, y las mugeres adoracion. Al salir á la calle subian en elegantes coches, y las hermosas los seguian con los ojos. Estas transformaciones maravillosas las ha hecho el juego.

Pau. Pero tú no las debes esperar, porque no son tan frecuentes como te parece. Ademas, aunque la suerte te protegiese, y llegases á ser rico, nuestra madre estaría descontenta contigo. La conozco demasiado. La fortuna mas brillante, cuantos placeres y comodidades nos pudieras proporcionar, serian insuficientes para quitarla la pena de que su hijo tuviese un vicio.

Adol. El jugar yo no es un vicio. Aquellos á quienes Dios ha dado cuanto necesitan, y se esponen á perderlo, son criminales; pero yo juego para ocu-

par en la sociedad el rango en que nací; para adquirir un dinero sin el cual no le puedo sostener, y que me ha de dar la consideracion de los hombres. Pero ¿á qué hablamos de esto? Si no pago, si tú no me das las alhajas que te he pedido, mi nombre quedará mañana infamado; y yo, Paulina, tendré que abandonar la Italia, y tal vez que buscar la muerte para librarme de un nombre que no podria soportar despues.

Pau. ¿Y no consideras el disgusto de nuestra madre?

Adol. ¿Piensas tú que yo no lo sentiría? Mira, te prometo devolverte esas alhajas antes de un mes; antes que mamá pueda advertir su falta; entonces el honor de su hijo se habrá salvado, y ella no tendrá porque sufrir.

Pau. Creo en tu promesa, y voy á darte unas alhajas que son de nuestra madre, y de las que yo no deberia disponer sin su consentimiento. (*Vase.*)

ESCENA III.

ADOLFO.

Voy á salvar mi honor, á salvarlo para volver á jugar, y tal vez para perderle de nuevo; pero es preciso constancia para vencer la suerte. ¡Pobre Paulina! ¡Cuánto ha padecido, y cuánto me quiere! Para ella no hay sueños de gloria, ni ilusiones de amor. Vive contenta en este retiro, y está satisfecha en él; pero yo que soy hombre, necesito brillar para no ser despreciado. Adoro á una muger, y nunca podré llamarla mi esposa, sino me elevo sobre esta mezquina medianía que la haria feliz, pero que no contentaria á su padre... Un corazon lleno de nobles sentimientos es un don estéril que no basta á satisfacer á una muger que ha nacido hija de un conde.

ESCENA IV.

PAULINA, *con una caja en la mano.* ADOLFO.

Pau. Estos son los aderezos de nuestra madre... solamente por salvar tu honor puedo desprenderme de ellos sin su consentimiento.

Adol. A Dios.

ESCENA V.

Gabinete en cuyo fondo se ve la entrada de un salon de baile.

TRES JÓVENES *vestidos con elegancia.*

Jóven 1.º ¿Habeis visto al tal Adolfo? Se ha portado como un niño; se pintaba en su semblante el disgusto de ver cómo pasaba su dinero desde la mesa á nuestros bolsillos. Y no es estraño, no ha recibido la educacion de un jugador; es innegable que sobre un tapete se adquieren virtudes, magnanimidad sobre todo.

Id. 2.º Y es necesario confesar que solo un alma grande recibe serena los desaires de la fortuna.

Id. 3.º Y mas cuando el favorecido por ella es un rival. El jóven que ha ganado á Adolfo es su antagonista en amores.

Los dos. ¡En amores!

Id. 3.º Sí; ha tenido la inocencia de creer que puede ser correspondido por la hija del conde de Rizari. Es verdad tambien que el condado de Rizari no tiene grandes rentas; pero Clementina es una de las mugeres mas hermosas que hay en toda la Italia, lleva un apellido ilustre, y por lo menos puede aspirar á ser la esposa de otro conde. Adolfo acaba de llegar de una aldea, y su trage no revela en verdad sino una muy mediana fortuna. Con todo, segun pienso, ha llegado su audacia hasta el

punto de revelar su pasion, que segun dicen, ha sido correspondida. Conoce que su suerte necesita mejorarse, y ha querido probarla en el juego.

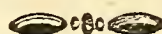
Jóven 2.º Donde no solo perdió lo que tenia, sino tambien una cantidad considerable sobre su palabra. (*Se oye música dentro.*)

Id. 1.º Ya está en la sala la bella Clementina; no desperdiciemos estos momentos de tributarla nuestras atenciones. (*Éntranse en el salon.*)

ESCENA VI.

ADOLFO; *arroja el sombrero en un sillon.*

¡Cuánto importuno la rodea! Hace seis dias que no he podido hablarla; cuantos concurren á este palacio parece que tienen un placer en estorbármelo. ¡Qué elegante se ha presentado esta noche! ¡Con sus cabellos negros como el ébano, con un trage tan sencillo...! Cada dia la amo mas; siempre la veo triste, y es la única muger de cuantas he conocido á quien no seducen esos frívolos placeres de la sociedad. Su alma, mas grande que todo lo que la rodea, necesita otra alma, grande tambien, que la comprenda; un corazon que la ame tanto como ella sabe amar, con una pasion inestinguible y volcánica como la que yo tengo. En los primeros años de mi vida soñé la imagen de una muger que nunca habia hallado; pero Clementina es la realizacion de este ensueño.



ESCENA VII.

CLEMENTINA. ADOLFO.

Cle. ¡Adolfo!

Adol. En este instante pensaba en tí. He dejado el baile por no verte rodeada de tanto importuno.

Cle. Un solo momento podemos estar juntos. Mi padre viene; lo sabe todo, y nuestras esperanzas se han desvanecido. Toma esta llave y esta carta: (*Dándoselas.*) ya no podrás dudar, de que te quiero; por tí lo arrostraré todo. (*Vase.*)

(*Adolfo guarda la llave y la carta.*)

ESCENA VIII.

ADOLFO. EL CONDE DE RIZARI.

Adol. Saludo á usted, señor conde.

Conde. (*Con ironia.*) Es usted un jóven muy singular. Todas las bellas de Nápoles estan reunidas en mis salones, y le encuentro á usted separado de ellas... ¿Tiene usted algun pesar, ó es que la hermosura no ejerce bastante poder en el alma de Adolfo?

Adol. Nadie mejor que el conde de Rizari sabe los pocos motivos que para vivir feliz tengo.

Conde. En verdad que la situacion de usted es molesta. Yo creo que siendo hijo de un antiguo militar, deberia usted dedicarse á la carrera de las armas, que al menos le daria un rango en la sociedad.

Adol. (*Resentido.*) Señor conde, yo creo que he recibido de mi familia ese rango de que usted me habla, y aun no he hecho nada para desmerecerlo.

Conde. Con efecto, pero un rango que no corresponde á la

fortuna no tiene grande valimiento; y cuando un hombre se halla reducido á un estado como el de usted, nada debe esperar de los demas hombres, y menos aspirar...

Adol. De los hombres preocupados nada debe esperar; pero los que saben distinguir al hombre del hombre, esos, señor conde, saben colocar bajo su verdadero punto de vista á una juventud cargada de esperanzas, y que sin duda alguna mañana se elevará.

Conde. (*Riéndose.*) ¡Preciosas teorías! Cuando yo era jóven creía en ellas de buena fé; pero tuve muchos compañeros como usted, Adolfo, cargados de esperanzas que nunca pudieron realizarse; los que tal vez no tenian ninguna, fueron los que se elevaron despues.

Adol. No puedo negar tan triste realidad; pero si la fortuna y la sociedad son alguna vez injustas, no hay razon para que nosotros lo seamos siempre.

Conde. Amigo mio, ahí le falta á usted una leccion de esperiencia que yo ya he recibido. El hombre nunca debe ponerse en contradiccion con la sociedad en que vive, y confieso que hasta sus mas injustas preocupaciones son sagradas para mí. Ellas de vez en cuando sacrifican una víctima, es cierto; yo compadezco siempre á las víctimas, pero jamas les tiendo una mano para salvarlas, porque la sociedad es como las corrientes del océano, que nunca se pueden cortar sin que arrastren y sumerjan al que las contrastó.

Adol. Permítame usted, señor conde, que le haga ver...

Conde. No hablo con usted en este momento para ilustrarme, ni para sostener una inútil disputa, porque á mi edad ya poco se puede aprender; y asi espero tenga usted la paciencia de escucharme. Usted es muy recomendable por sus talentos, que sin duda alguna los tiene; hijo de un antiguo mi-

litar que ennobleció su nombre, y el de sus hijos; muy jóven, y por lo tanto lleno de muy buenas esperanzas, á las que da demasiado valor la poca edad; y lo lisonjero de esas esperanzas, le han permitido á usted fomentar una pasion hacia Clementina; nada mas natural, ni que yo mas disculpe; con todo, siendo su fortuna de usted demasiado mediana para enlazarse con la familia de mi hija, me atrevo á darle un consejo, que debe usted observar como caballero. Yo creo que una larga ausencia de esta casa, que por otra parte siempre es de usted, le pondrá dentro de algunos meses en la situacion que he insinuado, que es la de ver á mi hija feliz con un esposo que la aprecie tanto como usted, y que pueda con mas comodidad encargarse de su dicha.

Adol. Procuraré tomar ese consejo; sin embargo, señor, no creo que usted quiera sacrificar á su hija. (*Vase. Llegan varias personas que se despiden del conde. Este y su hija hacen los honores de la despedida, hasta que se retiran todos.*)

ESCENA IX.

CLEMENTINA. EL CONDE.

Conde. He dado esta noche un paso, hija mia, que tal vez te será sensible. Ya no volverás á ver á Adolfo, porque he conocido que las atenciones de ese jóven han hecho una impresion demasiado profunda en tí. Tú sabes que el duque de Rimini, favorito del rey, me ha pedido tu mano, y yo le he prometido que dentro de pocos dias te podrá conducir al altar.

Cle. ¡Padre mio! Ahora siento no haberle descubierto á usted mi corazon. ¿Qué valen las riquezas si el amor no me ha unido al duque de Rimini? Una fortuna mediana como la que posee Adolfo, y su corazon, son bastantes para hacerme feliz.

Conde. ¡Clementina! Eres demasiado niña, y no conoces el mundo. Has soñado unos placeres que no existen, y que si nos halagan algun dia, es para dejarnos al instante. Créeme, hija mia, los sueños de la imaginacion son engañosos si la fortuna no los sostiene. Cuando las mugeres son jóvenes es muy facil imaginar la felicidad con un esposo jóven, visionario y pobre; pero si la fortuna nos vuelve las espaldas, y las deja solas, entonces, yo lo he esperimentado, las ilusiones se disipan como una nube de verano; la casa humilde que antes embellecia el amor parece estrecha, y hasta la presencia del esposo llega á ser intolerable é importuna. El duque de Rimini, hombre á quien la suerte ha elevado, y que goza de un caudal inmenso, puede mejor que el visionario Adolfo asegurar tu ventura. En fin, yo le he prometido que dentro de ocho dias serás su esposa, y creo que tu docilidad no me desmentirá.

Cle. Pero si no lo amase, sino pudiese yo encargarme de su dicha...

Conde. Luego que hayas olvidado á Adolfo podrás asegurársela, porque eres muy linda, y harto bien educada, y esto le basta á un hombre para ser feliz. (*Clementina llora.*) No debo permitir ese llanto. Tus lágrimas son hijas del capricho. Si mañana tus ojos se humedeciesen con el llanto de la miseria y del arrepentimiènto, tus lágrimas serian de fuego, y marchitarían tu hermosura. Creo que te hallaré siempre dispuesta á obedecer. A Dios. (*Vase.*)

ESCENA X.

CLEMENTINA.

Quieren casarme; mi felicidad debe sacrificarse al interes. El duque de Rimini comprará mi mano...

Pero no... Adolfo tiene mi carta, que yo misma le entregué... Vendrá á verme, y me aconsejará... ¡Dios mio! ¡Qué triste es tener que renunciar á los brillantes sueños de la juventud! (*Vase.*)

ESCENA XI.

La escena representa una casa de juego, y por una puerta del fondo se ven las mesas donde se juega y á los jugadores. ADOLFO *llega y se pone á jugar unos cortos momentos.*

Banquero. Ha perdido usted, Adolfo; puede usted jugar sobre su palabra, pues nos tiene dadas pruebas de honradez.

Adol. Acepto el ofrecimiento, y juego el desquite de lo que he perdido. (*Siguen jugando.*)

Ban. Ha perdido usted, Adolfo, y debe cien onzas mas.

Adol. ¡Cien onzas! Es imposible.

Ban. Nada es mas cierto.

Adol. ¡Imposible! Esas cartas estan marcadas... No debo pagar... no puedo, aunque quisiera hacerlo. (*Un jugador con capa separa á Adolfo y lo lleva hácia un lado, diciéndole en voz baja.*)

Jug. Sepa usted, señor Adolfo, que aqui el que pierde paga, y si rehusa hacerlo, nosotros tenemos medios para cobrar. (*Mostrándole un puñal.*)

Adol. Esos medios prueban la vileza de vuestra alma, prueban que en esta casa no hay gente de honor; pero con mi espada no temo á veinte puñales de asesinos como el que acabais de mostrarme. (*Se acerca Guillermo, miembro de una junta secreta.*)

Guill. Adolfo es un caballero, y yo respondo por él.

Jug. ¿Usted responde?

Guill. Y de este modo. ¿Cuánto debe?

Jug. Doscientas onzas.

Guill. Estais satisfecho. (*Saca una cartera con billetes que entrega al jugador, el cual se retira.*)

Adol. No tengo el honor de conocer á usted, pero mi gratitud por tan importante servicio...

Guill. No soy yo quien ha sacado á usted de este apuro.

Adol. ¿A quién debo, pues, tan singular merced?

Guill. Hay cosas que no se pueden revelar, y hombres que se ocupan del bien de los demas hombres, de usted, y de su fortuna.

Adol. ¿De mí, y de mi fortuna?

Guill. Si algun dia quisiese usted convencerse de lo que ahora le he dicho, en un puente que hay al pie de una torre frente á los jardines del conde de Rizari me podrá hallar al caer la tarde. Si alguna vez necesita usted dinero, yo le daré cuanto necesite. Si desea tener un amigo, yo podré proporcionarle muchos; y si alguien atentase contra la vida de Adolfo, cien puñales se alzarian sobre el pecho de sus adversarios. (*Le da la mano, y vase.*)

ESCENA XII.

Habitacion de Clementina.

CLEMENTINA. SOFÍA.

Cle. ¡Cuánto tarda! Todo está tranquilo; la oscuridad de la noche y el silencio sepulcral que reina me infunden espanto. ¡Si mi padre nos hallase! ¡Ah! Yo sabria disculparme. Una muger como una esclava es un objeto de lucro que el hombre compra. Sofia, ese esposo que me destinan apenas me conoce, y quiere partir su lecho conmigo, y quiere disfrutar caricias sobre un corazon que no ha ganado. Es imposible que yo renuncie á Adolfo.

Sofia. Sosiéguese usted, señorita; su padre de usted cederá al fin.

Cle. No lo creas; el esposo que me destinan es demasiado rico, y Adolfo tiene veinte años, sin mas riqueza que su corazon, que es muy poco para mi dote. Si mi madre viviese, yo tendria en ella un consuelo... pero la perdí tan jóven... ¡Ah! ¡cómo envidio aquellos dias de mi niñez...! La quinta de Rizari donde pasé mis primeros años, ¡qué bella es ahora en mi memoria...! Tranquila, sin pensar en el dia de mañana, mi corazon no latía sino de gozo... Las tardes eran para mí apacibles, y pasaba las noches en brazos de un sueño no interrumpido, y con todo nadie me amaba entonces. Y ahora el porvenir se presenta á mis ojos sombrío, el infortunio se agrupa sobre mi frente, y debo separarme del hombre á quien mas he amado. (*Suena el ruido de una llave, se abre una puerta, y entra Adolfo. Sofia se retira.*)

ESCENA XIII.

ADOLFO. CLEMENTINA.

Adol. ¡Cuánto te agradezco este momento que me has proporcionado...! Tu padre nos separa para siempre. Me ha cerrado las puertas de su casa, y me ha dicho que muy pronto serás la esposa de otro hombre.

Cle. Sí: á mí tambien me ha hablado de tí... A mí tambien me ha sacrificado.

Adol. (*Con entusiasmo.*) ¡Sacrificarte! Mientras yo viva, mientras en la tierra haya un rincon que nos ampare, no lo creas, no serás de un hombre á quien no ames.

Cle. Pero ¿y si no se convenciese mi padre? ¿si no escuchase nuestras súplicas? Tal vez, mi querido Adolfo, esta es la última vez que nos hablamos.

Adol. ¿Y quién es capaz de separarte de mí para siempre? Si tú me amas, si tú prefieres mi cariño

á las riquezas de mi rival, nadie podrá privarte de que seas mia; si te arrastran al altar, pronuncia un no, un no terrible que hiele sus miras ambiciosas, un no que sea digno de una muger apasionada, y que pueda pagar mi amor... ¡Clementina! la suerte te presenta hoy dos caminos; el uno te conduce tal vez á un palacio con techumbres de oro, y al lado de un hombre que no te quiere; el otro junto á mi pobre madre, pero alli habrá para tí un amor sin límites y la felicidad del cariño. Ahora en este momento mismo debes decidirte.

Cle. ¡Decidirme! ¡Cruel! ¿Y puedes dudar que por tí todo lo dejaría? Mira, el esplendor de un trono no sería para mí tan halagüeño como el vivir contigo. Yo arrojaria una corona por ser tu esclava.

Adol. ¡Y la fortuna me priva de que seas mia! Mira, Clementina, dos que se aman pueden ser felices en cualquier parte del mundo. ¿Lo dudas tú?

Cle. No, no lo dudo.

Adol. Pues bien, sígueme; deja esta casa, donde un poco de oro vale mas que tu dicha; adonde yo te conduzca nada habrá superior á tí, á tí, que tan bella eres, y que tienes un alma tan pura.

Cle. ¡Seguirte! ¿Y mi anciano padre?

Adol. Tu padre es tu tirano; sin él el sol de mañana nos hallaria dichosos.

Cle. (*Con seriedad.*) Con todo, no debo seguirte. Entre el cariño que te tengo y el respeto que me debo á mí misma, hay un camino del que nunca me separaré. La hija del conde de Rizari jamas seguirá á un amante como si fuese una vil aventurera.

Adol. ¡La hija del conde de Rizari! (*Frenético.*) ¡Tú tambien me recuerdas que eres hija de un conde...! ¡Tú tambien pones entre los dos esa diferencia de fortuna...! Nunca hubiera yo creido que Clementina no podia seguir á un esposo que no fuese conde... Pues bien, no me seguirás, pero no me separaré de aqui; la mañana me encontrará en este

sitio, adonde tú sola puedes haberme conducido. Tu padre vendrá...

Cle. ¡Te asesinaria!

Adol. No importa. Mi cadáver hallado al pie de tu cama, sería mas elocuente que yo, y mi rival no querria unirse á tí.

Cle. ¡Tú deliras! ¡Te atreves á exigir mi honor, á exigirlo de un modo tan vil...! ¿Crees tú que te hubiera amado si te hubiese creido capaz de una venganza baja? Si quieres, yo misma llamaré á mi padre para decirle que no te amo ya, y que puede disponer mis bodas.

Adol. (*Con ternura.*) ¡Que no me amas! Clementina, que no vuelva á sonar esa palabra en tus labios; el infierno con todos sus tormentos me sería preferible á tu olvido. Me conoces demasiado, sabes que un frenesí de amor me hace delirar. Por desgracia sé bien cuál es el deber amargo que la suerte me impone. Huir de tí para siempre, abandonarte á un hombre que quizá no te merece, pero que es mas rico que yo; ¡hé ahí mi deber!

Cle. No, mi querido Adolfo, nunca seré infiel á lo que he jurado. (*Se abre una puerta, y entra el conde.*)

ESCENA XIV.

DICHOS. EL CONDE DE RIZARI.

Conde. ¡Adolfo en estos sitios!

Cle. ¡Perdon, padre mio! (*El conde reflexiona un momento.*)

Conde. (*Con tranquilidad.*) No es este el momento del perdon: Adolfo, puede usted salir de mi casa.

Adol. Señor conde, ese perdon que afecta usted concederme, me insulta. Arrojado ignominiosamente de vuestra casa, me he visto en la precision de venir á ella en medio de la noche, porque vuestra hija se ha ligado á mí con lazos que no quiere rom-

per, y porque usted no tiene derechos para violentarla á elegir esposo... Mientras Adolfo viva, Clementina no irá al altar como una víctima... Yo la protejo cuando su padre la esclaviza.

Conde. (*Sonriéndose.*) Jóven, el orgullo os hace demasiado temerario. Estais en mi poder, y osais hablar: "Mientras Adolfo viva, Clementina no irá como una víctima al altar." (*Con ironía.*) Yo os lo agradezco en nombre de mi hija; entre tanto puede usted salir de mi casa. (*Señalándole la puerta, y marchándose por otra con Clementina.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Habitacion de Adolfo.

ESCENA PRIMERA.

ADOLFO. PAULINA.

Adol. ¡Cuánto tengo que agradecerte, Paulina! ¡Tanto interes por mí...!

Pau. Nada de gratitud; soy tu hermana, y es mi deber cuidarte. Ademas, ¡te quiero tanto...! Hemos vivido juntos sin que nunca nos hayamos separado.

Adol. ¿Nada me dices de mi madre?

Pau. Todavía está en su cuarto. Pasa las noches pidiendo al cielo por tí.

Adol. Nunca podré perdonarme el haber sido la causa de sus males. En vano me lo has ocultado, Paulina; el sentimiento de ver á su hijo prostituido, es quien le ha puesto tan cerca de la muerte.

Pau. ¡Ah! ¡Pero cuánto te quiere! Durante los dias que has estado enfermo ¡si la hubieras visto á la cabecera de tu cama! Tú, delirando, besabas la frente de una muger que nombraste muchas veces, y la pobre mamá lloraba sobre tu pecho.

Adol. No me lo cuentes...

Pau. Y despues decia: Si Dios me le conserva sabré sus males, haré cuanto de mí dependa para remediarlos.

Adol. ¡No me atormentes mas!

Pau. Y tú nunca has querido confiarnos tus penas, ni á tu hermana, que tanto se interesa por tí, que tanto te quiere.

Adol. ¿Y para qué? Ni mitigarlas hubieras podido.

Pau. Una hermana y una madre lo pueden todo. Si tú trajeses á casa otra muger, yo la miraria como una nueva hermana que Dios me habia dado... La querria tanto... como querria á tus hijos.

Adol. Sí; una muger puede hacer mi dicha, pero no quiere, y...

Pau. No te conoce bien; ¡eres tan bueno! Tienes un corazon tan apasionado que harias dichosa á una muger. ¿Y es verdad que no quiere ser tuya?

Adol. ¿De qué te serviria que yo te hiciese una revelacion amarga? A tus pesares ¿á qué quieres añadir los de tu desgraciado hermano? Sí, lo has adivinado; yo amo á una muger digna de un trono; pero no tengo sino un corazon que ofrecerla, y no puede ser mia.

Pau. ¿Tan poco vale tu corazon? Un corazon como el tuyo me bastaria para ser dichosa.

Adol. Pero tú dependes de una madre que te adora, y para quien la felicidad de sus hijos es sagrada; pero mi Clementina es hija...

Pau. Dilo, Adolfo.

Adol. Del conde de Rizari.

Pau. ¡Del conde de Rizari!

Adol. Sí; entre la hija de un conde y un hombre que vive en la medianía hay una distancia inmensa... Entre Clementina y tu hermano hay una muralla de oro que para siempre los separa. Tú no conoces el mundo, y por eso no sabes que una muralla de oro divide y separa mas que el mar con sus escollos y tempestades. Cuando el alma está dominada por la ambicion no siente nada tierno; entonces un poco de oro vale mas que el honor, mas que la felicidad; pues bien, el conde de Rizari está lleno de ambicion, y su pobre hija será arrastrada al altar como una víctima.

Pau. ¡Qué horror!

Adol. Ya lo sabes todo, y conocerás que son irre-

mediables los males que me afligen; una vana esperanza los habia suavizado por mucho tiempo, pero el conde de Rizari me arrojó de su casa diciéndome que su hija debia ser la esposa de otro hombre.

Pau. (*Resentida.*) ¡Te arrojó de su casa! Hace veinte años, Adolfo, que el nombre de tu padre era un nombre de gloria en toda la Italia. Hace veinte años que nuestra familia poseía inmensas riquezas; es seguro que el conde de Rizari no te hubiera arrojado entonces de su casa.

Adol. ¿Qué dices?

Pau. Te hablo de una cosa que yo lo mismo que tú ignoraba. Sabes que nuestra madre nos habia ocultado siempre la historia de nuestra familia... Sois demasiado jóvenes, me decia, para cargar con tan terrible secreto: un dia lo sabreis; pero nunca habia llegado este dia. Al fin, hace dos meses que una noche sentadas junto al retrato de nuestro padre me lo contó todo... Entonces supe yo que poseedores de un inmenso caudal, la injusticia de los hombres nos lo habia arrebatado.

Adol. ¡La injusticia de los hombres! ¿Por qué mi madre no me habrá dicho nada de esto? (*Entra Guillermo, y vase Paulina á una seña de Adolfo.*)

ESCENA II.

ADOLFO. GUILLERMO.

Guill. ¿Me conoce usted, Adolfo?

Adol. Conozco á usted, y mil veces he recordado al hombre generoso...

Guill. Y con todo nunca le habeis buscado.

Adol. Enfermo de gravedad durante algunos dias, no he podido hacerlo. Ademas, soy desgraciado, y un desgraciado no tiene amigos.

Guill. Adolfo tiene en mí un amigo, y ademas hay muchos hombres que quisieran serlo suyos.

:

Adol. ¿Y por qué no los conozco?

Gill. ¿Desearía usted el conocerlos?

Adol. Un amigo es el único bien de que puedo disfrutar. Para tenerlo no son indispensables riquezas.

Guill. ¿Y las vuestras?

Adol. ¡Mis riquezas!

Guill. Sí, las vuestras. Vuestro padre habitaba en un palacio magnífico; vuestra cuna estaba cubierta con cortinas recamadas de oro; estas riquezas ¿qué se han hecho?

Adol. Pocos momentos ha supe que veinte años hace las habia poseido mi familia, pero no sé mas.

Guill. ¿Y desearía usted el recobrarlas?

Adol. (*Con vehemencia.*) ¡Ah! Sí.

Guill. (*Con intencion.*) ¿Es usted ambicioso?

Adol. No, no lo era; pero los hombres me han enseñado á serlo... Si yo fuese rico sería el esposo de la sola muger á quien he amado.

Gill. Y aun podeis serlo. Los bienes de vuestro padre deben pertenecer á vuestra familia.

Adol. ¿Y quién se los devolveria?

Guill. ¿Quién? Ese brazo y esa espada. ¿No siente Adolfo el valor necesario para esgrimirla?

Adol. Sí.

Guill. Recobrará usted esos bienes y esa muger á quien ama. ¿Sabe usted cuál es el hombre á quien se destina?

Adol. No.

Guill. Yo sé á quién se destina. Clementina puede ser todavía de usted, porque le ama con delirio.

Adol. Decidme quién sois, y que sepa el crédito que merecen esas palabras que tan bien suenan en mi corazon.

Guill. Marchémonos de aqui. Despues de haber hablado un breve rato conocerá usted que soy su amigo. (*Se retiran.*)

ESCENA III.

Salon antiguo de un castillo donde se ven sentados hombres de diversos trages y condiciones. Sobre una mesa hay un reloj de arena, unos libros y un puñal. Van entrando varios CONJURADOS, *y despues* GUILLERMO *con* ADOLFO.

Guill. Adolfo viene á sentarse entre nosotros; viene á instruirse en nuestros misterios.

Adol. Quiero instruirme en vuestros misterios, y los guardaré fielmente, con tal de que conserve puro mi honor y el de mi familia.

Presidente. ¿Sabes la historia d tu familia?

Adol. No.

Pres. Hé ahí por qué has aguardado á que la gratitud te conduzca entre nosotros. ¿Conoces á Clementina, hija del conde de Rizari?

Adol. Sí.

Pres. ¿Hace mucho tiempo que no sabes de ella?

Adol. Hace algunos dias.

Pres. ¿Por lo tanto ignoras dónde se halla ahora mismo?

Adol. Lo ignoro.

Pres. ¿Sabes que tu familia era en otro tiempo poseedora de castillos y de riquezas inmensas?

Adol. Algo he sabido.

Pres. (*Toma el puñal que hay sobre la mesa.*) ¿Y armarias tu brazo con este puñal para recuperarlas?

Adol. (*Despues de vacilar un momento.*) No; yo no cometeria un crimen por todas las riquezas de la tierra.

Pres. ¿Amas tu patria?

Adol. Como un hijo á su madre.

Pres. Y si vieras esa patria oprimida, si la vieras esclavizada por un tirano, ¿la sabrias vengar?

Adol. Sabria vengarla, sí.

Pres. Pues bien: el duque de Rimini es el tirano de Nápoles; tú lo sabes: muchos ilustres ciudadanos han subido al cadalso conducidos por su injusticia; tu brazo armado con este puñal puede dar libertad á la patria.

Adol. No prosigas. Yo, atentando contra la vida del duque de Rimini con ese puñal, sería un asesino. Si vuestros misterios son de sangre, si vos no teneis medios mas nobles para salvar la patria de la esclavitud, me alejo de vosotros para siempre.

Un conjurado. (*Levantándose.*) Adolfo, ves mis canas y mis años; pudiera ser tu padre, y te amo como si lo fuera... tú saldrás de aqui; pero no será antes de haberme oido... Siéntate entre nosotros y escucha... Hace veinte años que el duque de Rimini se presentó en la corte; yo entonces tenia un amigo, jóven todavía, pero lleno de cicatrices; su esperiencia y su valor le habian colocado al lado del rey, y era su favorito... El duque le desacreditó en el ánimo del monarca, y le sucedió en la privanza; mi amigo se retiró á una de sus quintas; pero el nuevo favorito no se creyó seguro, y le desterró... Por entonces algunos hombres ilustres alzaron su voz contra el duque de Rimini; él los perdió á todos, porque no adulaban su poder; les hizo abandonar sus casas y familias, y de alguno de ellos no se ha vuelto á saber... ¡Adolfo! ¿te sientes ahora inclinado á levantar el puñal contra el asesino de tanta víctima?

Adol. En vano quereis obligarme; yo saldré de aqui.

Conj. Aguarda. Mi amigo no habia conspirado contra el duque de Rimini... Como era inocente, volvió despues de algun tiempo al suelo que le habia visto nacer, y ese tirano á quien tanto respetas le sumió en los calabozos, adonde yo le visité... Tres dias despues firmó el rey su sentencia de muerte, que el favorito le presentó en un festin por manos de una

querida... Diez y ocho años hace que vi yo á mi amigo subir al cadalso; cuando iba entre los verdugos se acercó á mí, y me dijo: "Pon esta sortija en manos de mi muger..." (*Quitándosela.*) Y yo le juré vengarlo; pero mi brazo ya está débil... Adolfo, ven, y verás el rostro de mi desgraciado amigo. (*Se descubre un crespon que oculta un retrato.*)

Adol. ¡Dios mio! ¡Mi padre!

Conj. ¡Sí, tu padre, tu padre, cuya sangre se derramó en el cadalso á manos del duque de Rimini, que acaba de casarse en este instante con Clementina!

Adol. ¡Maldicion! ¿Por qué no me lo habeis dicho antes? Ya hubiera vengado á mi padre... ¡El puñal!

Conj. Sosiégate, Adolfo. El puñal en este instante no servirá sino para inutilizar nuestra venganza.

Adol. ¡Sosiego...! Maldicion al que ahora detenga mi brazo... Solo la sangre del tirano me puede calmar. ¡Clementina esposa del asesino de mi padre...! ¡Dadme el puñal! ¿No queríais venganza? Pues bien, en este momento...

Conj. Tu padre era un héroe... y murió en el cadalso: ¿quieres tú subir tambien á él?

Adol. ¿Quién? ¿Yo?

Conj. Sí; esa precipitacion te conduciria á sus gradas.

Adol. ¿Y qué me importa?

Conj. ¿No te importa nada Clementina que vive infeliz, y que espera ser dichosa á tu lado?

Adol. Pero yo no lo sería con ella... Su seno cándido se ha unido al seno del asesino de mi padre... Clementina se ha profanado ya. ¡El puñal! Sino os abandono y publico vuestros misterios.

Algunos. ¡Publicar nuestros misterios!

Conj. ¿Quieres venganza en este instante?

Adol. Sí.

Conj. Toma ese puñal y vé á clavarlo en el pecho del duque; (*Adolfo lo toma.*) pero advierte que asesinas primero...

Adol. ¿A quién?

Conj. ¿No lo adivinas?

Adol. No.

Conj. A tu madre, que perdió su esposo en el cadalso, y que moriria si perdiese á su hijo.

Adol. ¡Ah! ¡Qué horror! (*Arroja el puñal, y cae el telon.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Habitacion del palacio del duque de Rimini.

ESCENA PRIMERA.

EL DUQUE. SU SECRETARIO.

Sec. Ya V. E. no puede dudar del peligro que le amenaza. Los descontentos que se reunen frecuentemente trabajan sin cesar, y atraen hácia sí una parte de la juventud, que, como V. E. sabe, es naturalmente descontenta. Si una medida pronta y eficaz no deshace la nube que nos amenaza, yo veo comprometidos los intereses del Estado, y quizá en riesgo la persona del duque de Rimini. El jóven Adolfo es un enemigo personal de V. E. La sangre de su padre, derramada en un cadalso, reclama, segun ha dicho, una justa venganza que él está pronto á tomar, aun á costa de su vida misma.

Duque. (*Con frialdad.*) El padre de Adolfo murió en un cadalso, y la sangre que se derrama en los cadalsos es vertida por las leyes. A ellas, pues, debe acusar su hijo. ¿Sabes el lugar donde se reunen los descontentos?

Sec. En el dia de hoy no tienen un lugar fijo. Sabedores de que sus trabajos no son ya para nosotros un misterio, han mudado el lugar de sus reuniones; pero creo que en las calles, en las plazas y en los templos, es donde se ven. Por una seña se conocen, y de unos á otros se comunican sus proyectos... Si algun dia se reunen es en parages que ellos mismos ignoran hasta pocos momentos antes.

Duque. ¿Y no sabes el nombre de alguno de esos conjurados?

Sec. El de Adolfo solamente.

Duque. Pues bien; le harás prender.

Sec. La orden de V. E. (*El duque se sienta y escribe la orden: luego se la da.*) ¿Tiene V. E. alguna cosa que disponer?

Duque. Nada. (*Vase el secretario.*)

ESCENA II.

EL DUQUE.

Adolfo antes de morir debe señalar sus cómplices... Todos serán presos, y subirán en un solo dia al cadalso. Este es un holocausto que yo debo ofrecer á la paz del Estado. (*Reflexivo.*) Con todo, si á estas sociedades perteneciese cierta clase de hombre, para hacerle morir habria que emplear resortes secretos. Un veneno, ó un puñal, son á veces medios mas útiles y eficaces que aquellos que la ley pone en mis manos... Es verdad que un hombre muerto en un cadalso es un ejemplo de salud para el pueblo; pero á veces no sirve sino para irritarlo... ¡El pueblo! (*Con amarga sonrisa.*) Quince años hace que lo sujeto con mis pies, y con todo, el pueblo es un fantasma que se revela contra mí, que me persigue, y á quien temo como un esclavo teme á su señor. ¡Qué cosa tan terrible debe ser un pueblo sublevado! Ver nacer un dia en que las calles y plazas estan llenas de gente que gritan: "¡Muera...!" ¡Ver sustituido el ruido de las fábricas y talleres, con el de los himnos y artillería! ¡Ah! Esto es muy triste... Si ese pueblo á quien tanto he oprimido fuese mañana mi juez, ¡qué terrible sería! (*Reflexiona un momento.*) Y con todo, ese pueblo, que lanzado una vez á la arena, es un leon que ruge y despedaza cuanto se le presenta, es dé-

bil y manso cuando no está unido. Es una masa inerte que no tiene vida cuando una inteligencia superior no se la prepara... Pues bien, yo debo descubrir esa inteligencia, y ahogarla despues... Entonces será el pueblo como un cuerpo sin alma, un cadáver que no podrá levantar su brazo contra mí. (*Entra Clementina.*)

ESCENA III.

EL DUQUE. CLEMENTINA.

Cle. ¿Estabas aqui? Si te molesto me retiraré.

Duque. Mi esposa no puede molestarme nunca... antes por el contrario, deseaba hablarte. He hecho, Clementina, cuanto me ha sido posible para hacerte dichosa. Te he rodeado de placeres, te he presentado y hecho brillar tus gracias en la corte; he pasado contigo las noches en medio de los bailes y festines; y á pesar de esto, tú no eres feliz. La alegría que brillaba en tu rostro cuando te conocí en la quinta de Rizari ha desaparecido, como desaparece la aroma de una flor; y tú que debias ayudarme á olvidar el tropel de los negocios, que son las espinas de mi lecho, te has condenado á un voluntario retiro, rehusas presentarte en la corte, y temo hasta el que mi vista te sea importuna.

Cle. (*Con tristeza.*) Yo vivo feliz, reconocida á las contínuas atenciones que me dispensas...

Duque. Tú me ocultas un pesar que devora tu corazon, y que yo descubro á pesar de esa sonrisa amarga que fingen tus labios.

Cle. Creo que nada puedes exigir de mí. Estudio los deberes de una esposa, y procuro cumplirlos.

Duque. Se estudian inútilmente los deberes de esposa cuando el corazon no los revela... Mira, Clementina,

cuando te conduje al altar no te amaba; pero despues que te conocí, despues que te he visto insensible al lujo que te rodea, y superior á las riquezas que te he proporcionado, no te lo ocultaré, he conocido que hay en la vida placeres mas dulces y menos costosos que el de mandar. Tal vez no tarde el dia en que deba abandonar la corte para siempre; entonces necesito otro género de dicha que la que hasta aqui he buscado. Entonces tendré necesidad de una muger que con sus caricias me haga olvidar estos suntuosos palacios, y el placer de ver obediente á mi voz un pueblo entero. Tú, Clementina, que eres bella y pura como un angel, puedes endulzar los dias solitarios de mi vejez...

Cle. Soy tu esposa, y si tuvieses mañana que abandonar este palacio para vivir ignorado, te seguiria con gusto. Me casé contigo para hacerte feliz, y es mi deber cuidar de que lo seas.

Duque. Pero entre tanto que vivimos en la corte, debes abandonar esa tristeza que tan mal se hermana con tu tierna juventud y con tu hermosura. Mañana doy un baile al que ha de concurrir toda la grandeza. Yo espero de tu amabilidad que harás brillar en él tu antigua alegría. Marcho á ver al rey. A Dios. (*Vase.*)

ESCENA IV.

CLEMENTINA.

Es mi esposo, y debo hacerle feliz. ¡Qué sacrificio tan amargo es labrar la dicha de un hombre á quien no se quiere! ¡Veinte años! ¡Tan jóven! ¡Tan llena de amor, y renunciar para siempre al esposo que habia elegido! ¡Pobre Adolfo! Los regocijos que han celebrado mis bodas con el duque habrán sido un martirio atroz para su alma. Tal vez maldice el

dia en que me conoció, y me llama perjura. Pero no... debe disculparme, porque tambien él tiene una madre á quien adora, y sabe cuánto un padre puede con nosotros. Mi felicidad, decia el mio puesto de rodillas delante de mí, mi felicidad está en tus manos, hija mia; puedes hacerme dichoso ó desgraciado para siempre. ¿Qué habia de hacer? Me sacrifiqué, yo que era jóven, y que podia mejor que el pobre anciano soportar sobre mis hombros la grave carga del infortunio... Mañana tengo que mostrarme alegre y gozosa en un baile, debo ponerme una máscara que oculte á los ojos de todos lo que mi corazon padece... Sin riquezas, y sin este lujo que me rodea, hubiera yo sido muy feliz con Adolfo; pero la suerte no lo ha querido, y es inútil el pensarlo. La esperanza ha muerto, y para mi tormento vive todavía el amor. (*Se retira: se abre un gabinetillo, y sale un criado.*)

ESCENA V.

UN CRIADO.

Dentro de algunas horas deben prender á Adolfo... A ninguno de los conjurados sino á él conocen... Revelar esto, y evitar su prision, es el primer servicio de importancia que voy á hacer: servicio que tan solo yo pudiera haber prestado... todo va bien... la revolucion estallará... Seré premiado, y saldré al fin de esta condicion baja de mayordomo de un grande. (*Se oyen palmadas.*) Ya está ahí Roberto; pocos minutos ha tardado... ¡qué puntualidad! Como que habrá estado esperando ver salir al duque. Es en verdad cosa bien lisonjera verse solicitado á todas horas por gentes de importancia, gentes que ó yo me engaño, ó muy pronto van á disponer de los destinos de esta ciudad. (*Se repiten las palmadas.*) Ya está completa la seña... la duquesa se ha reti-

rado á su cuarto, y nunca sale de él; el duque tardará tambien algunas horas: por lo tanto aqui puedo recibir mis misteriosas visitas. (*Se asoma á una ventana, y hace seña con el pañuelo.*) Ahora daré noticias de todo cuanto he oido. Estoy seguro de que aun es tiempo de salvar á Adolfo. (*Entran Roberto y un conjurado.*)

ESCENA VI.

EL CRIADO. ROBERTO. UN CONJURADO.

Criado. ¿Sois vosotros?

Rob. Sí; conócenos. (*Se descubren, y enseñan una cinta.*) Todos nuestros compañeros (*Al criado.*) estan satisfechos de tu conducta, y reconocen como de suma importancia los servicios que nos has ofrecido prestar: ¿tienes algo nuevo que comunicarnos?

Criado. Mucho.

Rob. Decid.

Criado. Oculto en ese gabinete, he oido al secretario del duque que le hacia presente los riesgos que amenazan su persona.

Rob. Esa noticia se le ha dado ya muchas veces, y con todo nunca la ha creido.

Criado. Pues ya no duda de que se conspira contra él.

Rob. ¿Y se nos conoce?

Criado. Á Adolfo solamente.

Rob. ¿Y ha tomado alguna medida para descubrirnos?

Criado. Ha dado la orden para prender á Adolfo: piensa que él revelará el nombre de sus compañeros.

Rob. ¡Esperanza inútil! Adolfo no será preso. Ademas, tiene un alma bastante heróica, y moriria mil veces antes que descubrir el nombre de los que han de vengar la muerte de su padre, y de volverle á él la esposa que le robaron. (*Dirigiéndose al conjurado.*) Sabes dónde está Adolfo; hazle entrar inmediatamente. (*Vase el conjurado.*) Ha llegado el momento

de dar libertad á este mísero pueblo oprimido hace diez y ocho años por un tirano; pero nuestros esfuerzos serian inútiles sino pudiésemos probar sus crímenes. La correspondencia particular del duque con sus colegas es la única prueba que podrá patentizarlos... Sabemos dónde se halla esta correspondencia, y hemos dispuesto apoderarnos de ella.

Criado. ¿Y sabes si será posible?

Rob. Sí; ya todo está combinado. (*Entra el conjurado con Adolfo.*)

ESCENA VII.

DICHOS. ADOLFO.

Rob. (*Al criado.*) Te he dicho qne Adolfo debia verse á solas con la duquesa, y tú me prometiste proporcionar esta entrevista.

Criado. Pero no sé cómo podrá verificarse.

Rob. Vacilas. Lo veo. Mira, el estado en que nos hallamos es demasiado crítico, y para tí no hay mas remedio que ayudarnos y vencer, ó subir al cadalso. Si el ministro descubriese que tú...

Criado. Ahora mismo voy á avisarla.

Rob. Id, y hasta despues. (*Vase el criado.*)

ESCENA VIII.

DICHOS, *menos el criado.*

Rob. Adolfo, estás en casa de Clementina, de la muger á quien amas, de la muger que te pertenecia, y que el duque te robó. En tu mano queda el ser su esposo, y el vengar á tu padre. (*Se retira dándole la mano.*)



ESCENA IX.

ADOLFO.

Esta es la casa de Clementina... (*Mirando con atencion el lujo de las habitaciones.*) La humilde habitacion mia, que soy el hijo de un proscripto, no tiene esos espejos venecianos, ni esas cortinas bordadas con oro... Quizá el lujo que la rodea le habrá hecho olvidarse del juramento de su primer cariño. Tal vez ni aun se acuerda de mí. (*Se acerca á la puerta de un gabinete y descorre unas cortinas: en el fondo ve un lecho.*) Ese es su lecho nupcial... (*Colérico.*) ¡Dios mio! Aun cuando la imagen de mi padre muerto en un cadalso no me persiguiese... aun cuando no tuviera á todas horas delante de mis ojos su venerable rostro lívido y descompuesto, echando una última mirada sobre sus pequeños hijos y su esposa, ese lecho que me insulta sería bastante para escitar esta sed de venganza que aqui arde y me devora.

ESCENA X.

ADOLFO. CLEMENTINA.

Cle. ¡Dios mio! ¡Adolfo!

Adol. Sí; Adolfo: ¿es verdad que no esperabas tú verme aqui? (*Con tranquilidad, y cogiéndola la mano.*)

Cle. ¿Sabes que soy la esposa de otro hombre?

Adol. ¿Y eres tú quién se atreve á recordármelo?

Cle. Sí, Adolfo; yo te lo recuerdo, porque tengo deberes que cumplir.

Adol. Los deberes no tienen fuerza para tí; tú los despreciaste una vez, y ya no te es dado el escudarte con ellos. ¿Te acuerdas de aquellos juramentos de amor que me hiciste tantas veces, de aquellas palabras cariñosas y mágicas que me adormecieron en

el seno de la esperanza? Pues aquellos juramentos y aquellas palabras eran deberes para tí... (*Clementina se estremece.*) ¿Te estremeces? Mira ese lecho nupcial... ¿Te estremeciste tambien cuando sentiste sobre tu pecho las palpitaciones cadavéricas de un corazon de sesenta años, las lúbricas palpitaciones de un corazon que no te amaba? ¡Cómo resaltaria tu tez morena entre esas blancas colgaduras!!! Y mientras tú, sumergida en un mar de delicias, apurabas la copa del vino con que te brindaba tu esposo en los festines, ¿sabes tú dónde estaba Adolfo? En su lecho... agitado de una fiebre abrasadora... invocando á la muerte que ya con su mano misma iba á darse.

Cle. ¡Por Dios! Ya no tienen remedio nuestros males... Ya es inútil que me los recuerdes.

Adol. No, no es inútil... aquellos primeros juramentos nos ligan todavía, porque yo te amo á mi pesar, porque tú me has robado la felicidad... yo antes era bueno, ya no lo soy... aborrezco los demas hombres... me es indiferente el vivir, y voy á buscar la muerte ó una venganza que me satisfaga.

Cle. (*Con vehemencia.*) ¿Qué dices? Tus palabras me asustan, porque me revelan que la vida de mi...

Adol. No pronuncies un nombre que, escuchado por mí en tus labios, sería el veneno que le daria la muerte. ¡Tu esposo ibas á decir...!! Y el sentimiento dulce y delicioso que en otro tiempo abrigaba tu corazon para mí ¿no existe ya? ¿Tanto se ha borrado de tu memoria lo pasado, que puedes pronunciar en mi presencia ese nombre, objeto de nuestras ilusiones allá en dias mas felices?

Cle. Has logrado cuanto querias. Sí, Adolfo, te amo con delirio; soy la esposa de otro hombre á mi pesar, y desde que lo soy vivo desgraciada. Este lujo que me rodea marchita mi tez. El aire de este palacio oprime mi corazon como si fuese la losa de una sepultura. En la noche de mis bo-

das, las flores que pusieron sobre mi frente estaban hechas ceniza, porque la fiebre abrasaba mis entreñas tambien; y yo no pensaba entonces en nada de cuanto en torno de mí habia. La quinta de Rizari, en donde te vi por vez primera, tu tristeza, las miradas con que me abrasabas, la alegría que tuviste cuando te dije que te queria... todo, todo lo recordaba entonces. Yo, desgraciada para siempre, me dormia en el sueño de lo pasado, fijaba mis ojos sin poderlos apartar en aquellos dias dichosos en que sentado junto á mí tan bien me pintabas la felicidad... Como el angel de mi guarda has seguido, mi querido Adolfo, todos mis pasos, te has mezclado en todos mis pensamientos sin abandonarme un solo instante.

Adol. (*Con amargura.*) Esas son tus palabras, dulces como las que pronunciaste en los dichosos dias que acabas de recordar; y si ellas hubiesen sido ciertas no estarias tú aqui...

Cle. ¿Dudas de mi amor?

Adol. Si me amas, has mentido á Dios y á tu esposo; y sino los has engañado, me has mentido, y me mientes á mí.

Cle. ¡Dios mio! Es verdad, Adolfo, que he pronunciado un juramento que desmentía mi corazon; pero ha sido por complacer á mi padre, que me lo pedia arrodillado á mis pies... Pero aun tengo pruebas de amor que darte... mira, no me decias tú en la última noche que nos vimos: "Clementina, sígueme: ¿quién puede separar dos corazones que Dios ha unido? ¡No crees tú que en cualquier pueblo del mundo podemos ser felices?" Yo entonces te dije que sí, y ahora quiero seguirte; fuera de Italia podemos estar seguros. Yo viviré por tí, y tú para mí; y al fin veremos realizados los sueños de nuestro amor.

Adol. Entonces era yo libre; todos mis deberes, y todos mis deseos, eran hacerte á tí dichosa,

pero hoy tengo deberes mas sagrados. Hay en mi pecho otra pasion tremenda que satisfacer.

Cle. ¡Otra pasion! ¡Adolfo!

Adol. Sí, Clementina; mi padre murió en un cadalso, y el asesino de mi padre es tu esposo, y el matador de tu esposo seré yo... Si esas flores que cubren ese lecho estuviesen coronando mañana el atahud del duque de Rimini, ¿me seguirias entonces?

Cle. ¡Qué tormento! Tú no me amas ya; Clementina no posee un corazon que domina la venganza. Si huyera contigo, mi esposo, que no me ama, no sería desgraciado; pero asesinarlo y permitirlo yo... él, que de tantos beneficios me ha colmado... él, que tambien me quiere... ¡Adolfo, huye de aqui! No puedo soportar la idea de un crimen tan horrendo. (*Suena el ruido de un coche.*) Está ahí el duque... ya no puedes salir; voy á revelárselo todo.

Adol. (*Con calma.*) Bien... Entonces, tú me habrias conducido al cadalso... mi madre y mi hermana irian alli para maldecirte... mi sangre mancharia tu frente... y la imagen de ese Adolfo, á quien tú querias seguir fuera de la Italia, á todas horas estaria delante de tus ojos para atormentarte.

Cle. ¡Qué horror! No, nunca revelaré tu nombre; pero por el amor que te tengo, por tu madre misma, prométeme no atentar ahora contra la vida del duque.

Adol. Te lo prometo.

Cle. Ocúltate en el gabinete de mi cámara. (*Le da una llave: Adolfo se oculta.*) Es imposible revelar nada á mi esposo; le haria subir al cadalso, y yo le habria conducido á él.



ESCENA XI.

CLEMENTINA. EL DUQUE *entra furioso, y se arroja sobre una silla.*

Duque. ¡Se ha escapado! ¡Se ha sustraido á mi venganza!

Cle. ¿Qué dices?

Duque. Hablaba de un tal Adolfo que conspira contra mí... Habia dado orden para prenderlo, y se le busca en vano.

Cle. ¿Y si le hallases le perdonarias?

Duque. Le haria subir al cadalso irremediablemente; tengo sed de su sangre.

Cle. ¡Dios mio! Ven, y tranquilízate. El aire de los jardines, que estan ahora iluminados por la luna, podrá quizá...

Duque. Sí, vamos; mi frente está ardiendo. (*Vanse.*)

ESCENA XII.

ADOLFO *con un paquete de cartas: luego* EL CRIADO.

Adol. ¡Me ama! No ha revelado á su esposo que estaba aqui.

Criado. (*Sale.*) ¡Huye! Has escapado milagrosamente.

Adol. Si hubiera sido descubierto, este puñal me hubiera proporcionado la salida.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

Una orgia. Se ven varios grupos de gente. ROBERTO. TRES JÓVENES. CONJURADOS.

Rob. El éxito de nuestra empresa parece seguro... ninguno de nosotros ha sido descubierto... Adolfo ha logrado, aunque esponiéndose á grandes riesgos, apoderarse de la correspondencia del duque... Las personas que tienen influjo en el pueblo, y que permanecian pasivas, convencidas de la criminalidad del favorito, se han coaligado con nosotros.

Uno. Yo por mí cuento con un crecido número de trabajadores. (*Este grupo se retira á un lado y figura hablar bajo.*)

Jóven 1.° ¡Qué tranquila está la ciudad! Esta noche será un campo de batalla, y quizá mañana habrá dejado de existir alguno de nosotros. Si he de decir verdad no lo siento por mí; pero tengo una hermana, y si quedara sola en el mundo...

Id. 2.° No hay que entristecerse, ni este es el tiempo mas á propósito para reflexionar; quizá mañana puedas ofrecer á tu familia una suerte mas cómoda y mejor. Ahora bebamos. (*Echan vino y beben.*) Brindo porque nos hallemos todos mañana en este sitio. Brindo por la libertad.

Id. 1.° Es un gusto el juntarse en esta casa; como está separada de la ciudad podemos gritar sin miedo de ser oidos.

Id. 2.° Dices que tienes una hermana... Yo tambien tengo un padre... pero cuando él sepa que su hijo

es uno de los héroes que han ayudado á restablecer la libertad de la patria, estoy seguro que llorará de gozo.

Jóven 3.° A propósito de héroes. Sabed que tengo yo vivos deseos de serlo. Estoy cansado de verme confundido con esa juventud ignorante que ni siente ni piensa... Deseaba una ocasion en que poder distinguirme y brillar.

Id. 1.° Pues esta noche podrás brillar cuanto quieras al resplandor de los fuegos enemigos.

Id. 3.° Y procuraré hacerlo. Si muero, y contad que tengo veinte años, tal vez no habré perdido nada, porque mi porvenir es tan largo como incierto... pero no importa, las hijas de los libres derramarán lágrimas de dolor por mí, y cuando otros mas afortunados, ó tal vez vosotros mismos, derroqueis al despotismo para sentar sobre sus escombros la libertad, os acordareis de alzar un monumento público por los que murieron en tan noble demanda... y mis huesos estarán allí... quizá la historia me consignará en sus páginas, y mi nombre pasará lleno de gloria á la posteridad.

Id. 1.° Siempre vas á perderte en el mundo de tus ilusiones. Tienes la felicidad de verlo todo bajo el aspecto mas halagüeño; pero dime, cuando las balas silben al rededor de tu cabeza ¿te acordarás entonces de la historia y de las hijas de los libres?

Id. 3.° Cuando las balan silben entonaré yo un himno de victoria. ¿Sabeis vosotros cuánto ayuda á vencer la voz de un soldado entusiasta que al empezar el combate canta ya la victoria? ¿No decidió mil veces el destino de las batallas una palabra de entusiasmo? Pues bien, ¡ya tengo preparada una cancion guerrera! escuchadla para que la conozcais... Cuando despues de empezado el combate la dejeis de oir, decid: "Aquel murió." (*Canta las estrofas de un himno guerrero: los demas palmotean.*)

Jóven 2.º En verdad que es magnífica. En todas las revoluciones las ha habido. Los poetas, que en las orgías y festines entonan canciones báquicas, cuando se ven envueltos en el humo del cañon prorumpen siempre en himnos de entusiamo.

Id. 1.º Que por cierto no son inútiles. La multitud que los escucha se embriaga con ellos tanto como con los vinos generosos de Chipre... pero ¡quén sabe si esa cancion vivirá mas que nosotros!

Todos. ¿Y qué importa? Bebamos.

Jóven 3.º Hé ahí lo que no pueden encadenar los tiranos, las obras del ingenio. (*Se sientan, y estan un rato cantando y bebiendo: el* 1.º *se levanta algo borracho.*)

Id. 1.º No hay que dudarlo, compañeros, la victoria será nuestra.

Id. 2.º ¡Qué! ¿Has perdido el miedo? ¿No te acuerdas ya de las balas ni de los fuegos enemigos?

Id. 1.º Yo no tengo miedo... la suerte de mi hermana me contristaba algo; pero ahora pienso de diverso modo. Cuando ella sepa que soy un valiente me querrá mas... Quiero ver ceñidas mis sienes con una corona de laurel.

Id. 3.º (*Aparte al* 2.º) ¿Si habrá contribuido mi himno á crear este nuevo entusiasta?

Id. 2.º El vino por lo menos no ha dejado de tener su parte. (*Rien y cantan en coro una cancion patriótica. Roberto se acerca á ellos.*)

Rob. Cualquiera que os viese no diria sino que estabais en un festin celebrando el triunfo.

Jóven 1.º Precisamente eso es lo que hacemos.

Rob. Os entiendo... (*Aparte á otros.*) Ha bebido demasiado, y no creo sea útil beber hasta el punto de inutilizar á los hombres. En ningunos momentos es mas preciosa la razon que en los presentes. La indiscrecion mas ligera podria destruir nuestros planes y conducirnos á todos al cadalso.

ESCENA II.

DICHOS. ADOLFO.

Adol. He recorrido los pueblos inmediatos á la ciudad: todo está dispuesto... dentro de pocas horas estallará la revolucion... La tropa que está en nuestro favor tomará posiciones para neutralizar la que quiera hostilizarnos... el pueblo, y yo á su frente, nos dirigiremos al palacio del duque.

Los jóvenes. Y morirá.

Adol. Sí, morirá; pero no me quitareis la gloria de matarlo: vosotros sois los hijos de la patria esclavizada, y yo tambien; pero mi padre muerto en un cadalso... mi esposa en brazos del duque...

Jóven 3.° Es muy justa tu venganza, Adolfo; estaré á tu lado durante la pelea; si alguna bayoneta enemiga fuese á herir tu pecho, primero ha de traspasar el mio... De este modo quiero reservarte á la venganza y al amor.

Adol. (*Abrazándole.*) Tú tambien tienes una madre y una querida, y debes reservarte para ellas; pero si yo muriese te recomiendo mi familia. Bebamos. (*Un coro de jóvenes canta un himno.*)

ESCENA III.

DICHOS. UN CONJURADO.

Conj. ¡Estamos perdidos!

Todos. ¡Perdidos! Hablad. (*Agrupándose á su rededor.*)

Conj. Se ha descubierto nuestro secreto... Se han hecho varias prisiones... La tropa está en las bocas de las calles guardando el palacio, y un cadalso se levanta en medio de la ciudad.

Todos. ¿Un cadalso?

Rob. Aun no hay nada perdido... El pueblo, que se interesa por nosotros, y la tropa, que nos ayuda, son elementos que no bastarian cien cadalsos á destruir. Evitemos este golpe tan imprevisto ahora para nosotros... huyamos, y reunámonos despues.

Adol. (*Con vehemencia.*) No debemos separarnos: esta noche se nos sorprende á cada uno en nuestra casa, y jamas nos volveremos á ver.

Rob. Es imprudente acometer ahora que estan prevenidos para rechazarnos.

Adol. ¿Y qué importa? El pueblo nos seguirá, y venceremos.

Rob. El pueblo tiene un instinto de conservacion que vosotros no teneis, porque sois jóvenes y estais ofendidos... el pueblo en este instante no se separa de sus hogares. El padre que tenga hijos y esposa los verá arrodillados ante sí y no os seguirá.

Adol. Estoy cansado de alimentarme con la esperanza de herir á ese duque, y al acabar el dia verla deshecha como el humo. Si hay alguno entre nosotros que quiera librar la patria sin esponer su vida, permitidme que le diga que jamas lo logrará. ¡Roberto! si os falta valor para seguirnos, quedaos.

Rob. Tú me insultas, Adolfo: (*Se descubre el pecho.*) mira estas cruces puestas sobre estas heridas adquiridas en los campos de batalla. Dime ahora: "Si os falta valor quedaos..." No temo yo el morir, no. Si por desgracia mañana fuese necesario esgrimir las armas contra alguno de nuestros compatriotas, aunque viejo te seguiria muy de cerca... Los golpes de mi espada no serian tan repetidos como los de la tuya; pero serian mortales tambien. Yo, que me he puesto al frente de vosotros por el bien de la patria, y sin venganzas personales que satisfacer, daria toda mi sangre porque no se vertiese la de mis compatricios. Conozco al pueblo porque he encanecido en la revolucion, y sé que el pueblo no te seguirá. Cuentas con las promesas que algunos

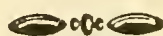
soldados visoños te han hecho en festines nocturnos; pues esos soldados antes de prometerte nada habian ofrecido al pie de sus banderas subordinacion y obediencia. Tal vez cumplan su primer juramento y se olviden...

Adol. No deberias, Roberto, hablar, porque tus palabras son frias como el hielo de tus años. Si tú crees que el pueblo no debe verter su sangre porque la patria salga de la tutela de un tirano, ¿á qué te has puesto al frente de unos hombres que desean derramar la suya en tan noble demanda?

Rob. Para conduciros con mis consejos, para que el remedio no sea mas sangriento que el mal que tratamos de curar. ¿Qué importaria á las madres que perdiesen esta noche á sus hijos que hubiesen muerto en un cadalso llevados por el duque de Rimini, ó á la punta de las bayonetas conducidos por el temerario Adolfo?

Adol. Os lo repito, Roberto, los años han apagado el ardor de tu pecho... la patria esclavizada no es bastante ya para inflamar tus pasiones... (*Dirigiéndose á los conjurados.*) Jóvenes compatricios, vosotros á quienes el peso de las cadenas ha lastimado la cerviz, seguidme... Si huimos, esta noche se nos separará de nuestras madres y esposas; el sol de mañana alumbrará nuestros cadáveres en el cadalso; pasado mañana se pintará en la frente de nuestras hermanas la miseria y el deshonor. No escucheis los consejos que el hielo de la edad pone en boca de Roberto... Seguidme, el triunfo vendrá á coronar nuestra empresa.

Todos. Sí, te seguiremos. (*Vanse.*)



ESCENA IV.

Habitacion del duque de Rimini.

EL DUQUE. EL SECRETARIO. EL CRIADO.

Duque. Tu revelacion ha sido tardía. (*Al criado.*) Con todo quedarás sincerado para conmigo, y nada tendrás que temer si me descubres el misterio que mas me interesa. Unas cartas que habia en el gabinete de mi cámara estan en poder de los conjurados. Mi esposa y yo únicamente podiamos facilitar la entrada en este gabinete; y tú debes saber de qué medios se han valido mis enemigos para apoderarse de mi correspondencia.

Criado. No lo sé.

Duque. Pues bien, elegirás suerte. Si me aclaras este misterio, te perdono, y te facilito el oro que necesites para irte lejos de Italia: si persistes en callar, en medio de la plaza se ha elevado un cadalso, tú serás el primero que subas á él.

Criado. Señor, si V. E. supiera... pero temo decirlo.

Duque. Nada temas, porque nada me puede sorprender. ¿Ha entrado alguno de los conjurados en mi gabinete?

Criado. ¡Adolfo!

Duque. ¡Adolfo! ¿Y quién le ha introducido?

Criado. Señor...

Duque. Habla.

Criado. La esposa de V. E.

Duque. ¡Mi esposa! ¿Estás cierto?

Criado Lo he visto.

Duque. ¿De qué medios se ha valido Adolfo para conocer á la duquesa?

Criado. Segun el sentido de algunas palabras que pude comprender, era su antiguo amante.

Duque. (*Aparte.*) ¡Dios mio! ¡Su antiguo amante!

Criado. Ella hablaba con él cuando V. E. llegó, y le dió una llave para que se ocultase en el gabinete: cuando salió Adolfo de alli, ya llevaba las cartas de V. E.

Duque. Haz conducir á ese vil criado á un parage donde esté seguro. (*El secretario hace salir al criado.* ¿Estan tomadas las medidas oportunas para que esos conjurados sean presos al instante?

Sec. La tropa está situada convenientemente. Cuando estalle la revolucion serán aprehendidos, ó deshechos con las puntas de las bayonetas.

Duque. Bien. Dame parte á menudo de cuanto ocurra. (*Vase el Secretario*)

ESCENA V.

EL DUQUE.

¡Mi esposa ayudaba tambien á mis enemigos! Hé ahí por qué la abruman mis caricias... ¡Adolfo era su amante, y Adolfo la visitaba! Ella era la que con voz temblorosa é inocente me decia: "Soy tu esposa, y es mi deber hacerte feliz; yo te seguiré contenta si tienes que abandonar la corte..." ¡y en el silencio de la noche recibia las visitas de su amante! ¡Adolfo! ¿Cómo te habrás burlado de mí...? ¡Pero yo te juro venganza!

ESCENA VI.

EL DUQUE. CLEMENTINA.

Duque. (*Con sangre fria.*) Te habia mandado llamar para anunciarte que la vida de tu esposo está en peligro, porque el pueblo se reune para atentar contra ella.

Cle. ¡Dios mio!

Duque. ¿No sabias nada?

Cle. No, nada sabia.

Duque. ¿No te lo habia revelado Adolfo?

Cle. ¿Adolfo?

Duque Sí; Adolfo... un hombre que no te es desconocido.

Cle. ¿A mí?

Duque. ¿Te atreverias á negarlo?

Cle. No; antes de ser tuya conocí á Adolfo; pero despues....

Duque. ¿No le has visto despues?

Cle. Señor...

Duque. ¿Le has visto? Responde.

Cle. Un solo dia, sin saber cómo, le encontré delante de mí.

Duque. Lo sé todo... le dijiste que le amabas, que me asesinase, y que al otro dia serias su esposa.

Cle. No; nunca he proferido yo semejantes palabras.

Duque. Pero sabias que se conspiraba contra mí.

Cle. Por sus palabras amenazadoras pude comprenderlo, pero le dije que os lo revelaría todo.

Duque. Con todo, no lo hiciste, y le ocultaste en el gabinete para que yo no le hallase á tus pies.

Cle. Es verdad. Te pregunté si serias bastante generoso para perdonarlo... me dijiste que lo harias subir al cadalso... ¿qué habia yo de hacer?

Duque. ¿Qué habias de hacer? (*Con furor.*) Verlo subir al cadalso... ¿no eras mi esposa? ¿no te gritaba el deber á favor del hombre á quien al pie de los altares habias jurado fidelidad y amor?

Cle. El deber me lo dictaba todo. ¡Pero asesinarlo yo! Tú lo sabes, eso era imposible á un corazon que ama.

Duque. ¿Que le amas?

Cle. Señor, si el mandato espreso de mi padre no me lo hubiera impedido, yo te lo hubiera revelado todo... De cuantos hombres habia conocido, Adolfo sin duda era á quien mas amaba. Siempre triste...

siempre desgraciado... yo era su única dicha, su única esperanza. Él lo arrostraba todo por mí, y yo le amaba tambien. Ser su esposa eran mis deseos, ser su esposa hubiera sido mi felicidad. Por complacer á mi padre me casé contigo... Te he sido y te seré siempre fiel; pero ¡llevar yo misma al cadalso al hombre que tanto amaba...! ¡Oh! Este era un sacrificio superior á las fuerzas de una débil muger... ¡Un sacrificio de sangre! ¡Un crimen que la virtud no podia exigir de mí!

ESCENA VII.

DICHOS. EL SECRETARIO.

Sec. El rey acaba de deponer á V. E.

Duque. ¿A mí?

Sec. Sin duda. Una parte de la tropa se ha unido á los conjurados... se han dirigido al palacio del rey, le han entregado vuestra correspondencia... y el rey ha prometido castigaros... pero Adolfo, al frente de algunos jóvenes, se dirige hácia este palacio... sin duda con intenciones de venganza... Vuestra guardia y vuestros criados estan aun prontos para defender á su señor.

Duque. Id, y haced entrar al capitan de mi guardia. (*Vase el secretario.*)

ESCENA VIII.

DICHOS, *menos el secretario.*

Duque. Tú eres la única que me ha perdido... Sin esas cartas de que por tu causa se ha apoderado Adolfo, ni el rey me hubiera depuesto, ni la tropa abandonado. Pero no gozarás de tu triunfo. (*Se oye á lo lejos voces de* "Muera." *Se asoma á un balcon.*) Voy á morir... Las calles estan tomadas, y me es imposible escapar... Pero antes morirá Adolfo, y tú con él.

ESCENA IX.

DICHOS. EL CAPITAN.

Duque. ¿Conoces á Adolfo?

Cap. Sí.

Duque. Pues bien. Cuando llegue con el pueblo le dirás que yo he sido preso, pero que la condesa está aqui... Sin duda alguna entrará á buscarla, y entonces en los corredores harás lo que voy á disponer. (*Habla al oido al capitan, y este se retira.*) ¡Y morirá!

ESCENA X.

EL DUQUE. CLEMENTINA.

Cle. ¡Perdona á Adolfo...! ¡morir tan jóven...! ¡morir por mí! ¡Cuando los sueños mas deliciosos se pintan en su alma!

Duque. ¿Perdon? Ni para tí ni para él. (*Se oyen los gritos.*) Adolfo viene al frente de los sediciosos, embriagado con los sueños que tú le has hecho concebir. Piensa que va á arrojarse en tus brazos, pero se encontrará con la muerte, que no le dejará llegar á ellos.

Cle. Es imposible que yo sufra mas. Daré voces para que no entre... Eres un monstruo, y...

Duque. Y tú una esposa infiel. (*A este tiempo se oye ruido muy inmediato. Clementina quiere salir y grita.*)

Cle. ¡Adolfo! ¡Adolfo!

Duque. ¿Te atreves á llamarle...? Ya habrá muerto, y tú morirás ahora. (*La hiere. Sigue el ruido: Clementina ha caido mortal: el duque intenta salir por varios lados, pero no siendo posible, retrocede con espanto al entrar Adolfo.*)

Cle. ¡Ah, padre mio! ¿Por qué me sacrificaste? ¡Morir tan jóven...!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS. ADOLFO *y los* CONJURADOS *con espada en mano, entrando rápidamente.*

Adol. ¡Asesino, muere! (*Dándole una estocada.*) Ya está vengado mi padre... (*Repara en Clementina.*) ¡Qué veo! ¿Clementina...? ¡Clementina...! Su frente está pálida... sus labios cárdenos... manchada con sangre... ¡la han asesinado...!

Cle. ¡Sí, me han asesinado! (*Tendiéndole la mano.*)

Adol. ¡Dios mio!!

FIN DÈL DRAMA.



En la librería de ESCAMILLA *y en la de* CUESTA *se encuentran las nuevas publicaciones siguientes:*

Coleccion de novelas históricas originales españolas: 29 tomos, á 8 rs. cada uno en rústica y á 10 en pasta.

Fígaro, coleccion de artículos dramáticos, literarios, políticos y de costumbres, por don Mariano José de Larra: 5 tomos, su precio á 70 rs. en rústica y 80 en pasta.

Coleccion de comedias del teatro moderno: cuyos títulos espresan los catálogos que se darán en las indicadas librerías á los sugetos que gusten adquirirlos.

Derecho Real de España por Alvarez: 2 tomos en 4.°

Sátiras de varios autores.

Poesías de don José Zorrilla.

El Libro del Pueblo: un tomo en 8.°: precio 8 rs.